

## Editorial

La última década del Siglo XX dejó al mundo más pequeño al dar nacimiento a la "villa global". La educación no podía escapar a este efecto globalizador y al igual que sobre otras áreas como el comercio y el capital financiero, la globalización puede tener efectos positivos y negativos en los países tercermundistas. Me referiré en esta ocasión a las grandes posibilidades educativas que suponen los medios tecnológicos, especialmente la Internet y los satélites de comunicación, y al poco acceso que los países pobres tenemos a esta nueva tecnología.

La revolución tecnológica ha cambiado la forma de obtener información tanto para educadores como para educandos. Muchos niños comienzan a utilizar computadoras mucho antes de ir a la escuela, especialmente a través de juegos electrónicos. El educador, por su parte, ahora tiene acceso a una fuente casi inagotable de información por medios electrónicos que sobrepasa las capacidades de absorción de conocimientos del individuo. No se puede predecir con exactitud el efecto que esta explosión informática tendrá sobre la educación en un futuro cercano. Probablemente nos obligue a reconsiderar la manera tradicional de enseñanza en salones de clase con grupos homogéneos de estudiantes. Tal vez tendremos estudiantes totalmente independientes que obtendrán información en el momento que la necesiten y no cuando el profesor lo decida. Estamos en el umbral de una revolución educativa radical que nos debe hacer reflexionar sobre la mejor manera de aprovechar la nueva tecnología disponible y las innovaciones futuras. ¿Será el aula normal cambiada por una virtual? Ya Europa les llama a los niños de hoy "la generación Internet" y pretende en los próximos dos años conectar a todas las escuelas públicas del continente a la red con suficientes terminales para el uso individual de cada estudiante.

Son innegables las aplicaciones tecnológicas en la educación, aunque suena amenazante la idea de reemplazar la clase presencial por la virtual. Más bien, veamos la tecnología como un factor

secundario en el proceso enseñanza-aprendizaje, siendo el maestro y el alumno los factores primarios. Debemos aprender la mejor manera de aprovechar en nuestras aulas los medios tecnológicos, pero no dejar que estos nos reemplacen totalmente. Los maestros son la clave para el uso óptimo de la tecnología en las clases y, por lo tanto, son ellos quienes deben estar mejor capacitados para utilizarla. De esta manera, el éxito de la nueva tecnología en el salón de clase depende del uso que el maestro le dé. Los maestros que puedan usar la nueva tecnología no serán reemplazados por una computadora, pero los que no sepan utilizar nuevas tecnologías y sean resistentes al cambio, sí van a ser reemplazados pero no por máquinas sino por otros maestros que sí utilicen la tecnología.

A pesar de las maravillosas oportunidades educativas mencionadas arriba, la educación no es para todos, y el uso de la tecnología lo es menos. La educación se ha convertido en un bien de consumo en la mayor parte del mundo, alejándose de su propósito inicial de llevar conocimiento a todos, y convirtiéndose en un bien que pueden recibir únicamente aquellos que pueden pagar por él.

En el Tercer Mundo, la educación siempre ha tenido una prioridad muy baja, debido al énfasis que le da el pueblo a la satisfacción de sus necesidades más básicas de supervivencia como la alimentación, la vivienda y la salud, dejando poco o nada para la educación. Además, los gobiernos también priorizan poco la educación la cual es frecuentemente superada en presupuesto por la defensa nacional. Estos motivos son los responsables directos de los altos niveles de analfabetismo encontrados en los países tercermundistas. Al contrario, las naciones industrializadas siempre le han otorgado a la educación una alta prioridad por la importancia que tiene para aumentar los niveles de productividad del país. Además, al tener gran parte de la sociedad satisfechas sus necesidades básicas, puede dedicarse al desarrollo del intelecto y la academia.

Ahora, con la Internet, al menos en teoría, los países en desarrollo podríamos tener acceso no sólo a información actualizada sino también a carreras completas en línea, dándoles la oportunidad de estudiar carreras que no se ofrecen en sus países, generalmente, por la falta de profesores calificados. Esto es grandioso sólo que, debido a los altos costos de la nueva tecnología, muy pocas naciones pueden ejecutar este tipo de programas, y cuando lo hacen, muy pocos estudiantes pueden participar de ellos debido a su alto costo o al factor lingüístico (la mayoría de programas en línea son en inglés).

Es así como esta era de la informática ha dado nacimiento al “chamán electrónico”, quién, por un lado, ha proveído a las naciones ricas de las herramientas necesarias para mejorar sus estándares educativos (ya altos) a niveles más altos, pero, por el otro, está privando a las naciones pobres de los beneficios de la nueva tecnología. En general, las naciones pobres no pueden pagar la adquisición de la nueva tecnología, y si lo hacen, lo hacen modestamente y con gran esfuerzo. De esta manera, las mejoras comparativas de la educación entre las naciones ricas y pobres se pierden al no poder las naciones pobres obtener los beneficios educativos vía nueva tecnología por su alto costo. Esto aumenta la brecha educativa entre los países pobres y los países ricos. Los últimos aumentan sus niveles educativos mientras que los primeros disminuyen comparativamente los suyos.

La misma desventaja entre naciones ricas y pobres se encuentra dentro de las mismas naciones pobres al convertirse las oportunidades educativas, las cuales ya son un lujo, en el privilegio de una minoría con el uso de la nueva tecnología. Recientemente asistí a una conferencia sobre la Enseñanza de Inglés como Lengua Extranjera en la que la conferencista mencionó un incidente que le ocurrió al final de esa misma conferencia en Costa Rica. Una de las maestras que asistían a la conferencia comenzó a llorar. La conferencista le preguntó porqué lloraba, a lo que la maestra replicó: “Todo lo que nos ha mostrado hoy es tan hermoso que me entristece pensar que no podré utilizarlo con mis alumnos ya que no contamos ni con la tecnología ni con las herra-

mientas necesarias para su implementación en mi clase”. En una situación aún más deplorable se encuentran muchas escuelas rurales de El Salvador en las cuales, por ejemplo, los maestros tienen problemas incluso en pedirles a sus estudiantes que traigan un periódico a la clase ya que es demasiado caro y en sus hogares no lo compran, mucho menos pueden pedirles una computadora. Entonces, la aplicación de los nuevos avances tecnológicos a la educación es para las naciones tercermundistas como pararse frente a una vitrina y ver todos los productos que allí se ofrecen, pero no poder comprar ninguno de ellos.

No podemos dar la espalda a los avances tecnológicos como importantes herramientas para el proceso enseñanza-aprendizaje. El uso de esta tecnología nos plantea una revolución educativa cuyos efectos son casi impredecibles. La tecnología nos está obligando a evaluar los nuevos enfoques educativos y, principalmente, el rol del maestro. La enseñanza tradicional en el aula tendrá que ser evaluada en el futuro cercano. Los estudiantes serán cada vez más independientes y selectivos con el conocimiento que quieran adquirir. Además, todos estos avances tecnológicos no se han permeado hacia el tercer mundo, el cual aún sigue siendo espectador únicamente de estos cambios. Por un lado, esta posición pasiva de observador no es una opción voluntaria sino obligada por la falta de recursos económicos para comprar esta nueva tecnología a los países desarrollados. Por el otro, la adopción de esta tecnología nos vuelve más dependientes de los países desarrollados y amenaza con volver la educación en una actividad cada vez más elitista.

Las naciones industrializadas deben aprovechar esta oportunidad tecnológica para ayudar a salvar la brecha educativa entre ellos y los países pobres. Esto implica poner a disponibilidad de los países pobres esta tecnología, pero no como un bien de consumo más (hacer negocio con los países pobres) sino como una ayuda real para la educación del mundo. Esta es la oportunidad de los países desarrollados de dar una mano a los países pobres para salir del subdesarrollo por medio de la educación. Si no, la brecha educativa entre los países ricos y pobres se hará más grande comparativamente, volviendo la equidad educativa en un sueño solamente.